

Contra Fernández de Oviedo: memoria, virtud, alegría, veracidad y animosidad de los indígenas americanos (1559)¹

Bartolomé de las Casas

Resumen: Se ofrece una selección de fragmentos de la *Historia de las Indias* que Fray Bartolomé de las Casas publica en 1559. Los fragmentos seleccionados muestran el aspecto psicológico de la crítica dirigida por Las Casas contra la *Historia General* de Gonzalo Fernández (o Hernández) de Oviedo (1535). Esta crítica intenta refutar las tesis racistas de Oviedo, y, en particular, su caracterización psicológica negativa de los indígenas americanos. Para Las Casas, los indígenas no carecen de memoria; no son ociosos, ni melancólicos ni inconstantes; no tienen malas inclinaciones; ni tampoco son mentirosos, ingratos, viles o cobardes, como pretende Oviedo.

Palabras clave: conquista, colonización, indígenas, prejuicio, racismo

Abstract: We offer a selection of fragments extracted from the *History of Indies* published by Fray Bartolomé de las Casas in 1559. The selected fragments show the psychological aspect of the critique addressed by Las Casas against the *General History* of Gonzalo Fernández (or Hernández) de Oviedo (1535). This critique aims at refuting Oviedo's racist thesis and specially his negative psychological characterization of American Indians. For Las Casas, Indians do not have a bad memory; they are not lazy, neither melancholic nor inconstant; they do not have bad inclinations; nor are they liar, ungrateful, villainous or coward, as is claimed by Oviedo.

Keywords: conquest, colonization, Indians, prejudice, racism

Mala memoria²

Oviedo dice que los indios son de poca memoria, y en esto yerra como en todo lo demás que ha dicho, y se contradice³. Antes se tiene por notorio tener todos los indios inmortal memoria, como la tengan de las cosas que muchos años pasaron, como si las tuviesen por escrito. Y de esto al mismo a Oviedo pongo por testigo, que dice en el capítulo 1 del libro V que la manera de cantar de los indios era una historia o acuerdo de las cosas pasadas, así

¹ Selección de fragmentos de: Las Casas, B. (1559). *Historia de las Indias*. Madrid: Ginesta, 1875 (en lo sucesivo: HI). Selección y resúmenes: David Pavón Cuéllar. Transcripción: Karla Gabriela Cuadra Esparza. Asesoría: Marcos Edgardo Díaz Béjar.

² HI: libro III, vol. V, cap. CXLV, pp. 114-116.

³ Todas las críticas a Oviedo se refieren a la *Historia General y Natural de las Indias* publicada en Sevilla en 1535. Hay ediciones posteriores de la obra, por ejemplo la de Juan Pérez de Tudela, en 5 volúmenes (Madrid: Atlas, Biblioteca de Autores Españoles, 1955-1959).

de guerras como de paces, porque por la continuación de tales cantares no se les olvidan las hazañas y acaecimientos que han pasado, y estos cantares les quedan en la memoria en lugar de los libros de su acuerdo, y por esta forma recitan las genealogías de sus caciques y señores que han tenido, y las obras que hicieron, y los males temporales que han pasado, y en especial, las famosas victorias por batallas, etc. Estas son sus palabras. Luego los indios no son de muy poca memoria, como dice Oviedo.

Parece patentemente, por lo que toman de coro de la cristiana doctrina, que no bastarían 10 hombres que tuviesen buena memoria a tomar y decir de coro en veinte días, lo que los indios toman en un día. La prueba de ello es que, por su propia causa natural, todas estas gentes *a toto genere*, que es decir, comúnmente y casi todos y que por maravilla falta en algunos, tienen los sentidos exteriores y interiores, según natura, no sólo buenos sino por excelencia buenos, y así, muy mejores que otras muchas naciones. De donde se sigue necesariamente ser de buenos entendimientos, y de esto estuvo harto ayuno Oviedo, que nunca trató con los indios, ni se ocupó por un momento en cosa que a los indios conviniese, sino en mandarlos y servirse de ellos como de bestias, con la ceguedad que todos los otros españoles.

Ociosidad⁴

Que los indios fueran de poco trabajo, bien se lo concedemos a Gonzalo Hernández de Oviedo, porque de su natural, los indios eran delicadísimos como hijos de Príncipes, por razón de las regiones y aspectos de los cielos, y suavidad o amenidad de las tierras, y por otras causas naturales, y también por vivir desnudos, que los hacía más delicados, y lo mismo por ser de poco comer y por tener manjares, comúnmente más que otros, de menos substancia; lo cual, empero, todo era suficiente para vivir y multiplicarse y haberse tan increíblemente multiplicado, como tan inmensos pueblos hayamos de ellos hallado poblados, y éstos, con muy poco trabajo, alcanzaban de todas las cosas necesarias grande abundancia. El mucho tiempo que les quedaba, suplidas sus necesidades (porque no infernaban las ánimas por allegar riquezas y acrecentar mayorazgos), era ocuparse en ejercicios honestos, como jugar a cierto juego de pelota, donde harto sudaban, y en bailes y danzas y cantares, en los cuales recitaban todas sus historias y cosas pasadas.

Sacrificios y actos de religión, como no tuviesen ídolos, los indios no los tenían, y, por consiguiente, casi ninguna señal o muy delgada era entre ellos de idolatría. Ocupábanse también en hacer cosas de buen artificio de manos, el tiempo que de su agricultura y casa y pesquería los vacaba. Algunas guerrillas tenían sobre los límites y términos de sus tierras y señoríos, pero todas ellas eran como juegos de niños y fácilmente se aplacaban. Y así no estaban ni eran tan ociosos como Oviedo de ociosidad los infama, porque de ningún defecto y vicio de su lengua y mano se les escapan, lo que en la verdad no era vicio en ellos, sino señal de virtud y vivir más según razón natural que vivieron los españoles, después que en esta isla y en las demás entraron, sacado fuera lo que tocaba a la religión cristiana, y de aquello antes debiera Oviedo de alabarlos que vituperarlos e infamarlos.

⁴ HI: libro III, vol. V, cap. CXLIII, pp. 111-113.

Melancolía e inconstancia⁵

Dice Oviedo que los indios son melancólicos, dándose por vicio lo que era natural y sin culpa, pero más por la mayor parte son todas estas gentes sanguinos y alegres, como puede cada cual discreto entender por las cualidades de las regiones, y también por los efectos de ser muy dados a regocijos y cantares y bailes.

Añade Oviedo que estas gentes no son de ninguna constancia, porque no perseveran, cuando pueden escaparse de la vida y de los trabajos infernales con que los acaban, y que no perseveran en las cosas de virtud y de la religión cristiana. No puede Oviedo decir cosa chica ni grande, porque no fue digno de verlo ni de entenderlo, para que las blasfemias, que de los indios contra verdad acumula, moderara. Añade luego allí, contra sí mismo, una saetada enherbolada, conviene a saber, que por no trabajar, por su pasatiempo, muchos de ellos se mataron. Cuanto mataron a muchos de ellos, dice verdad, pero que por su pasatiempo, manifiesto es que brotó de su corazón contra sí mismo y los demás, saetada emponzoñada, por la cual manifiesta la crueldad de su tiranía ser tan horrenda y tan insufrible y abominable, que una gente tan mansa y tan paciente, que en sufrimiento se tiene por cierto haber excedido a todos los mortales, por salirse y escaparse de ella, escogía por menos mal matarse. Para prueba de esto, fuera bien que Oviedo respondiera, si oyó alguna vez decir que antes de que los españoles en estas tierras entrasen y oprimiesen a estas gentes, y que usasen de tantas impiedades con ellos y en ellos, algunos por su pasatiempo se matasen. Fueron tantas y tan nunca oídas las inhumanidades que en ellos se ejercitaron, y bien parece claro por la obra que han hecho nuestros hermanos al haber despoblado y asolado tantas y tan grandes tierras, que para una gente que no conocía al verdadero Dios y que tenía opinión que los que salían de esta vida iban a vivir a otra donde tenían las ánimas de comer y de beber, y placeres, canto y bailes, y todo descanso corporal en abundancia, ¿de qué nos debemos maravillar, porque padeciendo muerte tan continua en esta vida, deseasen y trabajasen para salir de ella, y para ir a gozar de la otra se diesen prisa en matarse?

Oviedo asigna que la causa de la perdición y acabamiento de estas gentes asigna es porque son gentes sin alguna corrección, ni aprovecha con ellos castigo, ni halago, ni buena amonestación, y naturalmente son gente sin piedad, ni tienen vergüenza de cosa alguna; son de pésimos deseos e obras, e de ninguna buena inclinación. Éstas son sus palabras. Cosa es maravillosa de ver la obturación que tuvo en su entendimiento este Oviedo, que así pintase a todas estas gentes con tan perversas cualidades, y con tanta seguridad para mostrar que decía verdad, como si fuera una alhaja de su casa, a la cual hubiera dado mil vueltas por de dentro y por de fuera, no habiéndolas tratado sino cinco años, y éstos sólo a los de la provincia del Darien, y no en otra cosa sino salteándolos, y robándolos, matándolos, y captivándolos, y echándolos y teniéndolos en las minas del oro y en los otros trabajos, donde de hambre y molimientos y crudelísimas aflicciones perecían, y aun éstos allí no los veía sino por maravilla, porque los entregaba al poder de un cruel carnicero, criado suyo, que ponía para que los hiciese trabajar, que llamaban minero o estanciero, por otro nombre Calpisque⁶, un género de los más infames hombres y crueles

⁵ HI: libro III, vol. V, cap. CXLIII, pp. 111-113; libro III, vol. V, cap. CXLV, pp. 114-116; libro III, vol. V., cap. CXLVI, pp. 118-119; libro III, vol. V, cap. CXLIII, p. 109.

⁶ Hispanización de una voz nahua equivalente a *mandón*. Funcionario indígena designado para organizar el trabajo personal y recoger el tributo.

que jamás nunca fue visto, ni haciendo más cuenta el mismo Oviedo de ellos en toda manera de estima que si fueran hormigas o chinchas. Mirad cómo pudo saber Oviedo que todas estas gentes (donde entran las de esta isla, de quien va hablando, y todas las demás de estas Indias que nunca viese), ser de pésimos deseos y de ninguna buena inclinación. Y si dijere que otros que habían tratado con ellos se lo referían, a éstos se responde lo mismo que a él, que como no pretendiesen otro fin sino robar y captivar y aniquilar a estas gentes, que de todos fuese un oficio, el mismo crédito se les debe de dar que a los falsarios testigos. Y para entender bien lo que dice, que no aprovecha con ellos castigo ni halago ni buena amonestación, debiera Oviedo respondernos si aquel castigo y halago y buena amonestación era porque viniesen a oír la predicación del Evangelio, y porque dejasen los vicios y pecados que tenían, o porque se huían de las minas donde cogían el oro, muriendo de hambre y de infernales trabajos, cuales son los que en ellas se padecen y donde sabían que si no huían habían de perecer. Y porque muchas veces se huían e iban tras ellos, y traídos, los desollaban con tormentos que les daban de azote y otras aflicciones, dice Oviedo que no aprovechaba con ellos castigo y que eran sin alguna corrección. Algunas veces los halagaban con palabras blandas, diciéndoles que fuesen buenos, y llamaban *ser buenos* que no se huyesen de las minas y trabajos en que los ponían, y porque huían de la vida infernal que tenían, dice Oviedo que no aprovechaba halago ni buena amonestación con ellos.

Mala inclinación, mentira e ingratitud⁷

Contra todos los indios, dice Oviedo que son mal inclinados. Poca filosofía estudió y menos experiencia de ellos tuvo, ni de alguna lengua de todas estas Indias alcanzó noticia para conocer las malas inclinaciones que tenían, y júzgalos temerariamente de lo que no pudo conocer sino por revelación divina, o por conjeturas de mucha conversación y de muchos tiempos con todas las gentes de este orbe habidas, y aun entonces no podría, sin juicio temerario, afirmar lo que, como si ciencia y certidumbre de ello tuviera, él afirma.

Dice Oviedo más contra los indios, que son mentirosos; pluguiera a Dios que no les hubieran mentido él y ellos muchas veces, y que las mentiras que los indios les decían no las hubieran ellos causado, y no creo que osara más un indio decir una mentira, mayormente a sus señores, ni entre sí para engañarse unos a otros, que matarse. De las mentiras que los indios a los españoles decían, y hoy dicen donde aún no los tienen asolados, las vejaciones y servidumbre horrible, y cruel tiranía con que los afligían, y afligen y maltratan, son la causa, porque de otra manera sino mintiendo y fingiendo, por contentarnos y aplacar su continuo e implacable furor, no pueden de mil otras angustias, y dolores y malos tratos escaparse. Y acerca de esto, como los indios también tienen experiencia de infinitas mentiras de los españoles, que nunca les han guardado fe de lo que les prometiesen, ni verdad, hay dichos de indios dignos de considerar. Preguntando españoles a indios (y no una vez acaeció sino más), si eran cristianos, respondió el indio: “Si señor, yo ya soy poquito cristiano, porque ya saber yo un poquito mentir, otro día saber yo mucho mentir, y seré yo mucho cristiano”. De éstas y de muchas otras sentencias dichas de indios, para confusión de los españoles, y que por sus malos ejemplos han

⁷ HI: libro III, vol. V, cap. CXLV, pp. 114-116; libro III, vol. V, cap. CXLV, pp. 114-116.

miserablemente infamado y maculado nuestra fe y religión cristiana en los corazones simples de estas gentes, muchas pudiéramos traer y referir que en estas tierras han pasado.

Dice también Oviedo que los indios son ingrátísimos. Júzguenlo los idiotas de Sayago. ¡De cuánta ceguedad o malicia fue herido este buen Oviedo, que la culpa terrible de desagradecimiento, que tienen él y los demás que han destruido estas a gentes y tierras, la cargue sobre los lastimados y tan agraviados indios, sin las obras de humanidad y benevolencia de los cuales, en servirles y hartarles la hambre, y salvarlos millares de veces de infinitos peligros, millones de veces hubieran perecido! Y mirad qué obras son las de ellos, en señal de agradecimiento y recompensa han recibido, habiendo despoblado de la haz de la tierra a tantos millones de ánimas como había en esta isla y en las demás, y por ocho y diez mil leguas que dura la tierra firme.

Vileza y cobardía⁸

Dice Oviedo que los indios son viles, no por ser humildes, pacíficos, y mansos como éstos eran, sino por ser deshonestos y llenos de vicios y pecados, y en esto Dios sabe la ventaja que les llevamos. Algunas costumbres tenían, que a los que somos cristianos parecen mal y tienen alguna parte de deshonestidad, como orinar sentados y ventosear delante de los otros, y otras semejantes, que recibida la fe fácilmente se dan de mano, pero no se hallará que hombre sienta de otro tener participación con su propia mujer ni con otra, ni haga otra cosa deshonesto semejante, de lo que no se podrán alabar los nuestros cristianos que vinieron a estas partes.

Que los indios sean cobardes, no es absolutamente vicio, sino cosa natural, y procede la cobardía de benignidad y de nobilísima sangre, por no querer hacer mal a nadie ni recibirlo. Es propiamente la cobardía vicio, cuando se ofrece caso en que se deba ejercer algún acto de virtud, y, por temor del peligro de la muerte o de otro daño grande, no se resiste al contrario de aquella virtud; como es, si, viendo el hombre padecer servidumbre o muerte o algún gran daño su república, por miedo de la muerte dejan de ayudar y resistir por su parte, y morir si fuere menester por la defensión de ella, o por miedo de aquellos daños hace el hombre algún pecado y obra contra la virtud; y en este caso, cierto, muchas de estas gentes, considerada su desnudez y carencia de armas, y las demasiadas y fuertes armas de los españoles, y variedad de ellas, y sobre todo los caballos, cada y cuando que ellos podían, viéndose tiranizados y opresos, y perecer cada día en los trabajos con los daños e injusticias que padecían, y también en batallas campales contra los españoles sus opresores y destruidores, resistían y peleaban tan animosamente, aunque se veían desbarrigar con las espadas y trompillar con los caballos, y alancear por los que encima de los caballos venían (que uno de a caballo en una hora mataba 10.000 de ellos), que de ellos a leones y a los más esforzados varones pasados del mundo no había diferencia. Y debiera de preguntarse a Oviedo, que se jacta mucho de Capitán en la tierra firme, andando a robar y hacer esclavos para matar en sus minas, cómo le fue a Francisco Bercera, y a Joan de Tabira y a Vasco Nuñez, y a otros muchos que los indios quitaron, peleando, las vidas. Y en las guerras que los españoles hicieron a los indios en esta isla, indios desnudos hicieron hazañas en manifestación de su esfuerzo y animosidad. Cuanto más, una de la señales de ser los hombres esforzados es osar morir, y osar morir presupone una de las causas

⁸ HI: libro III, vol. V, cap. CXLIII, pp. 111-113.

naturales que hace a los hombres animosos y esforzados, y ésta es abundar en mucha sangre, porque la naturaleza, conociéndose a sí misma, confía de sí viendo en sí abundar el principal humor que sostiene la vida; pues como estas gentes todas, según es notorio, abundan en sangre, señal es que de su naturaleza temen menos el morir, y así naturalmente son animosos y esforzados, lo cual, como he dicho, han mostrado y probado bien por las obras. Pero su infelicidad consistió en carecer de armas y caballos, porque si ellos les tuvieran para defenderse de tan crudos enemigos, no hubieran tan inmensos perecido, ni los que los destruyeron se fueran alabando, ni Oviedo hablaría tanto contra ellos como dejó escrito.